

## **Es probable que lo sucedido ayer por la mañana se trate de un anticipo de lo que está por venir, el amanecer de la era del megaterrorismo**

WALTER LAQUEUR – LA VANGUARDIA 12/03/2004

Lo sucedido ayer por la mañana en Madrid constituye el ataque terrorista más sangriento acaecido en Europa. Sin embargo, es probable que sólo se trate de un anticipo de lo que está por venir, el amanecer de la era del megaterrorismo. Esto no significa que semejantes atentados (u otros aún más destructivos) vayan a producirse todas las semanas en cualquier parte del mundo; pero sí significa que por primera vez en la historia de la humanidad un número muy reducido de personas dispone de un enorme poder destructivo y es capaz de infligir daños sin precedentes. Y precisamente porque son muy pocos resulta difícil impedir que cometan atentados.

Por doloroso y por grande que sea el pesar, la vida continúa en España y no habrá cambios profundos en la sociedad y la política española. Ahora bien, imaginemos por un momento que los terroristas no hubieran utilizado armas “antiguas”, sino material nuclear sucio o armas químicas o biológicas (y que vayan a utilizarlas es sólo una cuestión de tiempo). Imaginemos que el atentado no hubiera ocurrido en Europa, sino en India o Pakistán, o en Israel o Palestina, muy posiblemente habría desencadenado una guerra en toda regla.

Mientras en los últimos años quienes intentan comprender el terrorismo y enfrentarse a él se han vuelto cada vez más pesimistas acerca del futuro, en la opinión pública ha crecido la impresión de que el peligro del terrorismo se había exagerado en gran medida, que los gobiernos han reaccionado de modo excesivo y que quizá no valga la pena gastar mucho dinero y grandes esfuerzos en combatir el terrorismo.

¿Y si el 11-S fue un acontecimiento aislado? ¿Y si los atentados de Madrid no se repiten? La semana pasada se celebró en Potsdam un importante congreso de filósofos políticos; y la gran mayoría llegó a la conclusión de que el verdadero peligro no era el terrorismo, sino la guerra contra el terrorismo. Porque, como dijo un escritor sudafricano, ¿quién sabe qué es terrorismo? ¿No es cierto que en Sudáfrica, bajo el anterior régimen, solían llamar terroristas a los comunistas? Claro que es cierto, pero qué irrelevante es eso en relación a la actual situación... ¿Y no es cierto que son capaz de luchar contra el terrorismo, el Gobierno de Bush está ejerciendo una opresión casi fascista en Estados Unidos? ¿No es esto mucho más peligroso? Estas opiniones no sólo son compartidas por filósofos y teólogos, sino que se han generalizado, y es fácil comprender la razón.

Y es que quienes intentan luchar contra el terrorismo no disponen de armas mágicas. Las fuerzas de seguridad estadounidenses y europeas han tenido bastante éxito en el último año desarticulando células terroristas y frustrando atentados. De todos modos, el que hoy trabajen 180.000 personas en la Oficina de Seguridad Nacional estadounidense no es ninguna garantía de que puedan impedirse atentados futuros. Hoy se reciben en Washington cantidades ingentes de datos de inteligencia, pero es precisamente ese enorme volumen el que hace que las informaciones sean difíciles de analizar y utilizar.

Sólo hay una forma conocida de disminuir el riesgo y hacer la vida difícil a los terroristas. Sin embargo, no siempre puede hacerse por medios legales; supone que haya personas inocentes que sufran toda clase de restricciones e incluso sean detenidas. No se trata propiamente de fascismo ni de dictadura, pero es desagradable e injusto y de ahí las crecientes protestas contra el recorte de nuestras libertades. Uno de los filósofos asistentes al congreso de Potsdam escribió hace cierto tiempo que Estados Unidos era capaz de sobrevivir a un atentado ocasional de la escala del 11 de Septiembre y que no había necesidad alguna de reaccionar de modo excesivo... y quizá tuviera razón.

Ahora bien, imaginemos que los atentados futuros se lleven a cabo con otras armas más mortales, ¿seguiría eso siendo cierto? Claro que no, se produciría una abrumadora presión pública en favor de medidas aún más duras que las aplicadas hoy por los gobiernos.

Esta es la situación actual, la creciente discrepancia entre, por un lado, los miedos de los expertos en terrorismo de los gobiernos occidentales y de otros países y, por otro, la ceguera y el falso optimismo de los defensores de los derechos humanos que se quejan de abusos. Quienes no han padecido nunca el fascismo gritan: “¡Fascismo, fascismo!”, como gritaba: “¡Que viene el lobo!” el pastor de la fábula.

No existe ninguna panacea, ningún fármaco milagroso que resuelva el problema. Sólo el tiempo ayudará a resolverlo. No pueden ni deben imponerse nuevas restricciones a la libertad individual y a la democracia a menos que exista un abrumador apoyo público. Si no se producen nuevos atentados importantes en los próximos meses o años, ¿por qué adoptar medidas de emergencia que no son realmente necesarias? Sin embargo, si tales atentados se producen, la presión en favor de medidas severas para limitar nuestras libertades tradicionales aumentará de tal modo que ningún gobierno será capaz de oponerse a ella. Y mientras tanto, me temo que el reloj de las armas de destrucción masiva sigue corriendo... por más que en Iraq no se hayan encontrado.

**W. LAQUEUR, director del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington**  
**Traducción: Juan Gabriel López Guix**